

sin orillas; y mientras un abismo de agua iba sepultando las generaciones hasta en la última cima de los montes, solo el Arca llevaba en su corto recinto los recojidos restos de las especies vivientes.²³ ¡Con qué viveza les presentó la tierra nuevamente desierta en su desolacion, el olivo de la paloma, el hermoso iris naciendo despues del diluvio, como un símbolo brillante de alianza y de amor!

Aunque todos estaban embebidos con las palabras del patriarca, conoció éste que sus ojos necesitaban el sueño. Dejó para otra noche el seguir su historia, y los hijos de Jacob, despues de haberle dado el ósculo filial, se retiraron á sus albergues.

Estos eran unas tiendas cuadradas que cubrian exteriormente de pieles de animales diversos, sostenidas y trabadas por largas bien que delgadas maderas, formando una especie de techo. Interiormente estaban cubiertas de telas de diferentes colores, clavadas con pequeñas puntas en el suelo. La tienda de Jacob y sus esposas era espaciosa, bien que sencilla, y se distinguia de las demás por su mayor elevacion. Otra estaba destinada para sus hijas y demás mujeres de la familia. Los demás hermanos habitaban en otra, construida mas groseramente, y habia algunas como chozas para los esclavos.

Dina pasó la noche sin dormir, y como embelesada en su propio pensamiento. La edad feliz del hombre y de su inocencia llenaba su alma de ideas deliciosas, pero se horrorizaba de que la culpa hubiese nacido en el seno mismo de la felicidad. Atormentado su corazon virginal por los primeros impulsos de la sensibilidad, envidiaba su ventura á la madre de los hombres. ¡Ah! exclamaba en secreto, ¿cómo pudo la dichosa Eva renunciar por una sola curiosidad á los placeres juntos de la inocencia y del amor! ¡Cuán funestas fueron desde luego las gracias de la mujer! ¡Ah! ¡yo debía nacer en aquel Paraiso! ¡Cuán fácil es ser culpable á los ojos del Señor! La idea lijera que habia dado su padre de las iniquidades de los hombres ántes del diluvio, le llenaban de un oculto pavor. A pesar de la pureza de su alma, habia sospechado confusamente el nefando origen de las maldades que vengó el Señor

sobre la faz de la tierra, al modo que un infante concibe la idea confusa de la muerte; y al sentirse agitada por unos impulsos que apenas conocia, vacilaba en una amarga duda acerca la inocencia de sus sentimientos.

Hay en el alma de una jóven vírgen un estado de agitacion que dura poco, y es el prenuncio de la edad de las pasiones. Cuando la inocencia no se vé sorprendida por una malicia prematura, las primeras chispas del amor se insinúan por una inquietud sin objeto, deseos vagos, una secreta melancolía y un ardiente anhelo de felicidad. El corazon late por un no sé qué desconocido é indefinible. Tal vez sospecha que no nació para sí solo. La naturaleza anuncia ya en nosotros el desarrollo de la sensibilidad, la imaginacion se fatiga, buscamos el móvil de una secreta simpatía, y nace aquella pasion aun no sentida, gérmen despues de tormentos y deleites inexplicables. Este sentimiento misterioso, alterado ó prevenido á veces por una civilizacion adelantada, agitaba con toda su fuerza á la inocente hija de Jacob.

Al dia siguiente esperaba ésta con ansia la hora en que su padre debia continuar la historia del mundo.

En efecto, continuó Jacob por la noche su narracion. Les habló de los hijos de Noé y del vano orgullo del hombre en querer escalar el cielo por medio de una torre, proyecto insensato, que burló el Señor confundiendo á los operarios con la diversidad de los idiomas. Desde entónces se diseminaron por toda la tierra los hijos hombres. Al hablar de Abraham y de su vocacion misteriosa, al recordar aquellas promesas hechas por el Señor, que abrazaban todos los siglos y todas las generaciones, se inflamó su semblante, dobló la rodilla por un momento, y calló ante el Dios de la majestad. Parecia que un poder sobrenatural le agitaba, y que se abria entónces á sus ojos un mundo nuevo. Sara y Agar, su esclava, y aquel hijo nacido como un prodigio para ser el padre de un pueblo escojido, llamaron la atencion del patriarca. Pintó con bellos colores la vida apacible de aquellos dos esposos, el amor y la fidelidad. Las llamas que llueve el cielo sobre los dos pueblos abo-

minables, anuncian la ira del Señor, y los estragos de la carne corrompida; pero tres ángeles cuya faz era de luz, avisan el peligro al hermano de Abraham. Dios salva al justo de entre las ruinas, y castiga la inobediente curiosidad. Jacob no habló de las hijas de Loth, ni de aquel doble incesto de que nacieron dos pueblos, porque temió ofender el pudor celestial de su hija. El Señor, dijo tan solamente, es impenetrable en sus designios, y no es dado al débil mortal descorrer el velo que le oculta.

El alma sublime de Abraham obedece la orden de su Dios y se prepara para un sacrificio, que hará eterna entre los ángeles y los hombres la memoria de su fé. Todos derraman lágrimas al contemplar al hijo obediente llevando la leña sobre sus hombros, y al padre enternecido fijando sus ojos en él y en el cielo. La cuchilla pende de su cintura. Suben silenciosos por el monte solitario, y el hijo interrumpe el silencio con estas palabras: "Padre mio, ¿dónde está la víctima?" Jacob, conmovido, interrumpe tambien su relacion. Levanta sus manos al cielo y exclama: "¡Misterio augusto! ¡Víctima divina! cuya sangre ha de expiar los delitos del hombre. ¿No habrá para tí un ángel que detenga la espada deicida?" Calla, y los circunstantes atónitos, ignoran el sentido de aquellas palabras.

Jacob presenta ya escenas mas deliciosas. Describe cómo Abraham quiso dar una esposa á su hijo, la mision del criado fiel, el encuentro de éste con Rebeca en los campos de Nachor: hablando de su madre prescindió de todas las gracias de la hermosura, y solo les pintó su sencillez, y aquella modestia, dón el mas precioso de las vírgenes. La hija de Jacob escuchaba como embelesada á su anciano padre, de cuyos trémulos lábios salian palabras de amor. La sorpresa de la hija de Batuel al oír el nombre de su esposo, las rosas de pudor que cubrieron su frente, y qué al verle procuró ocultar, nada escapó al patriarca, quien al contrario sentia revivir en su corazon aquel puro y ardiente fuego de que se sintió animado en otro tiempo por los encantos de Raquel.

Jacob no sabe cómo hablar de sí mismo. Mil recuerdos delicio-

sos se agolpan á su pensamiento, y sobre todo el tierno amor que le tuvo su madre desde su nacimiento, ocupa su corazon. Teme descubrir misterios que el Señor le ha revelado en sueños, y una turbacion desconocida le impide hablar. "Hijos míos, les dice, Dios ha depositado en nosotros grandes esperanzas, y nuestra familia lleva la bendicion del género humano."

El patriarca dá la suya á sus hijos. Se postran todos ante el altar, y despues de algunos momentos se retiran á sus tiendas. La noche era deliciosa. Humeaban todavía las últimas pavesas del sagrado fuego. La luna no habia salido, pero una claridad que esparcia por el horizonte tranquilo la brillantez de los astros, hacia dulces las horas del silencio. El sueño estaba léjos de los ojos de Dina, y su pensamiento embelesado con imágenes lisonjeras, se complacia por la primera vez en aquella soledad apacible, sin que pudiese asaltarla el mas mínimo temor á la vista de las tiendas de sus padres. Un pequeño arroyo sin nombre, único en aquel país, corria no léjos del vallado, que iba á perderse en la selva de los cedros, y dejaba sentir su murmullo á alguna distancia, como un sér animado en medio de la muda naturaleza. La hija de Lia habia quedado sola bajo del álamo, sin que nadie lo advirtiese.

Su objeto era lavarse los piés en el arroyo, y llenar los cántaros que habian de servir el dia siguiente para descansar á su madre, la cual no confiaba á las esclavas este cuidado. Sabia que durante la noche solian algunas hijas de Salem llenar en el arroyo sus cántaros, y tal vez se detenia allí con la esperanza de encontrar entre ellas alguna vírgen con quien partir los secretos de su corazon.

Dina dormia unas veces en la tienda de su padre Jacob que la amaba tiernamente: otras veces con sus hermanas. Así es que á nadie sobresaltó su ausencia. Lia y Raquel la amaban con igual ternura, y ella gustaba confundir entre las dos el dulce nombre de madre.

Se dirige con lentos pasos hácia el arroyo. Se detiene á contemplar el agua pura é inquieta que brillaba apénas entre la yer-

ba, reflejando los débiles y azulados rayos de la luna que acababa de salir. Inclínase sobre el musgo y se lava el rostro y los piés. Todo es silencio en la selva vecina, las flores tienen cerrado su capullo, y las aves duermen profundamente inmóviles sobre las ramas de los árboles. La hija de Jacob desea internarse en el espesor de la selva, y en una mujer jóven un deseo es una necesidad. Camina y tiembla; siente el temor natural de la soledad y de la noche, pero le agrada vencerle; detiéndose á cada paso, escucha como si temiese ser descubierta, suspira con pena, se vé libre, y se embelesa de su misma libertad. Tal es el primer vuelo de la inocente tortolilla cuando ha salido del nido maternal y se vé reina de los bosques sin conocer ni pensar en las garras del alcon ni en la fiera del hombre.

¿Cuál es la causa de aquel placer misterioso que sentimos al contemplar el astro de la noche? Fijos en él sus ojos, la niña Dina sentía impresiones desconocidas, como si la luna revelase secretos á su corazón. “¡A dónde voy, desdichada de mí! ¡quise probar las delicias de la noche para hallar un consuelo! ¡Ah! ¿no es un dolor alejarse de la tienda paterna? ¿Qué le falta á mi corazón? ¿No soy feliz al lado de mis padres? ¿Pues qué busco aquí? ¡Aser, hermano querido! tú estás triste, tú no me sonríes como ántes, no te complaces ya en las caricias de tu hermana. ¿Padece también tu alma como la mía? ¿No te sientes feliz? ¿qué otro amor hallarás como el mío? Los lirios mas blancos, las rosas mas bellas son para tí: tú paces mi primer corderito, y me gusta que le llames tuyo. Te amo, pero no me hallo bien todavía. ¿Sé tal vez lo que deseo? Las hijas de Salem salen juntas á llenar sus cántaros, y llegan tal vez hasta aquí. Una amiga..... ¿no sería un placer amar una amiga?”

Siquem, hijo de Hemor, perseguía de noche por aquellas llanuras los lobos silvestres, y sorprendía los osos y javalíes en sus mismas guaridas. Había oído celebrar la belleza de la hija de Jacob, y como su corazón era virgen sentía ya una cierta inclinación hacia la hermosa desconocida. Atravesando los campos de Sa-

lem había divisado á lo lejos el fuego del sacrificio, y al acercarse le había parecido ver á la hija de Lia á la escasa luz de algunas llamas que se levantaban á intervalos de las áscuas ya consumidas. ¡Qué misterioso es el amor! en este momento no se atrevió á pasar adelante. Disfrutó de esta bella ilusión como de un encanto, y el candor de la edad y de la belleza hicieron concebir al jóven idólatra un rayo vago de esperanza, y había dirigido sus pasos al país de Siquem.

Dina probó, despues de haberse lavado, pasearse sola por los campos silenciosos. Conmovida en extremo por la historia de Rebeca, envidiaba en secreto su felicidad, y hubiera deseado hallar junto á una fuente al criado de otro Isaac. Ella también suspiraba por un esposo, pero ¿para quién le habrá destinaba el cielo! En su alma se formaba la idea seductora de un objeto: el astro de la noche fomentaba sus ilusiones. ¡Cuán fácil le es al alma sensible buscarse un sér adorable en el país de las quimeras! A este sér desconocido dirigía ella sus primeros suspiros. Inquieta, sentía un vacío en sí misma que no podía llenar. ¡Nadie habrá en el mundo que pueda hacerla feliz! Cualquiera hubiera creído por sus gemidos que lloraba la ausencia de su amado.

En medio de tan bellas ilusiones, asalta á la incanta hija de Jacob un pensamiento terrible. Abismada en sus gratos ensueños, ha perdido la senda que le guiaba á la casa de sus padres. Sola, en medio de un desierto desconocido, la infeliz no sabe á donde dirigir su incierta planta. La luna había recojido sus rayos en una blanca nube, como un manto diáfano, y dejaba á la triste hebrea entre los sombríos fantasmas de la soledad. Viéndose perdida, caminaba temblando y llena de pavor. Vagaba silenciosa por entre los arbustos, como si temiera ser descubierta: á cada murmullo le daba un salto el corazón. El siquemita la descubre como una airy sombra, errante por los campos sombríos. Sus ojos se ceban ya en aquella niña sin amparo, y siente su pecho devorado por una llama impura. Desea y teme sorprenderla. Va siguiendo sus pasos á cierta distancia, embelesado, absorto, y como dudando de

la realidad de aquella vision encantadora. En la turbacion de su entusiasmo silencioso, escápase un suspiro al hijo de Hemor. Vuélvese súbitamente la niña Dina, arroja un grito agudo de espanto, y huyendo precipitada y sin concierto, tropieza y cae á los piés de una palmera, sobre cuyos retoños no advertidos habia resbalado el delicado pié de la fugitiva. El jóven cazador corre á calmar el angustioso sobresalto de la sorprendida. Al chillido de la sorpresa ha sucedido la languidez del desmayo. No temas, hija de Jacob, le dice el siquemita. ¿Cómo andas así extraviada de la casa de tus padres? ¿No temes los fantasmas de la noche, ni las garras de las fieras que cruzan por las sombras del desierto?—¡Ah! si tienes hermanas que amas, seas quien fueres, compadece mi desamparo, vuélveme á la casa paterna, enjuga el llanto de mi madre y temple la pesadumbre de mi padre por haberme apartado de su hogar. El hijo de Hemor miraba mudo y enternecido aquella belleza sentada sobre el musgo, en cuya frente pálida y humedecida daba un rayo de luna, haciendo brillar con su luz misteriosa, su tímida, pero penetrante mirada. Levantóse Dina, calmada ya de su primer espanto. Su túnica azul agitada por la brisa de la noche, sujeta por un ceñidor de púrpura, su leve manto prendido de un anillo sobre el hombro, las trenzas caidas sobre la espalda y la cabeza ceñida con un ligero gorro de varios colores, realizaba su noble y esbelto talle: mas bella que Diana cazadora, figurada por los griegos cuando perseguia las fieras y se aparecia como un encanto en los sombríos bosques del Cinto.

El Dios de mis padres, exclamó la vírgen, os habrá sin duda traído aquí para salvarme. Guíadme á la tienda de mi padre, y yo le diré llena de gozo: Este cazador me ha conducido á vuestros brazos: y os mostraré á mis hermanos, y estaréis con nosotros, y daréis un día de gozo á la familia de Jacob.

El pecho de Dina se abrió como una flor á los halagos del céfiro. El siquemita, jóven y gallardo como el hijo de Latona, depuso por algunos momentos su fiereza de guerrero, y se trasformó en un se-

ductor. La incauta hebrea, sola, desprevenida, palpitante, se sentia abrasada por las palabras de fuego que salian de los lábios del príncipe, hijo tambien de otro patriarca idólatra, y que le juró allí mismo la fidelidad de esposo. Cuando el alma se halla respirando súbitamente en una region desconocida, sin preparativo, sin transicion, recorriendo en cortos instantes el círculo de años enteros de ilusiones y de esperanzas, privada casi del libre uso de sus facultades, inundada de placer y de sorpresa, ¿en dónde está la fuerza para resistir, á ménos que Dios sobre ella un prodigio? El Dios que habia dado fuerzas á Jacob para luchar contra un espíritu superior y no dejarse abatir por él, quiso castigar la indiscreta curiosidad de su hija, que abandonó la casa paterna para ir en busca de nuevas amistades. Las hijas de Hemor dormian tranquilas bajo sus tiendas, y la infeliz israelita luchaba con su lánguida resistencia contra los hechizos de una pasion mas terrible que las fieras del desierto, y luchaba tambien contra su propia debilidad.

Las doncellas, dijo Dina, separadas de sus padres, son como las ramas cortadas del árbol que las sostenia. Llevadme, pues, á mis padres, restituidme á la vida. Ellos os abrazarán como hijo, y..... yo seré feliz.

¡Oh! hija del sol por tu hermosura, repuso el idólatra, eres para mí mas suave que ese rayo dulcísimo de luna que baña tu rostro: no temas. El Dios que tú adoras, será tambien el Dios de mi padre y el mio. Juntos le adoraremos bajo las tiendas de Hemor.

La luna ocultó otra vez su argentada frente, y negó á los dos jóvenes el pálido resplandor de sus rayos, última defensa quizá de la tímida doncella..... Cuando volvió á bañar con su luz el desierto, ya no pudo alumbrar la frente de una vírgen de Israel.

Dina no tenia ya resistencia ni voluntad. Cuando el alma ha perdido el dominio que sobre sí tenia, queda encadenada á los piés del tirano que le arrebató el cetro. ¡Hija desgraciada de Jacob! ¡Esas palmeras solitarias que vieron el inocente júbilo y los cas-

tos amores de tu padre con la esposa que cautivó primero su corazón, cubren ahora el naufragio de tu inocencia!

¡Un amor criminal ha soplado sobre tu frente, y ha agostado las rosas del primer pudor! ¡Ese rojo que tinte tu semblante no es el del candor que teme, sino el del remordimiento que sufre! El ultraje de la vírgen de Israel será la destrucción de un pueblo.

¡Príncipe ciego y audaz! ¡en mal hora estrechas entre tus brazos á la fugitiva de Salem! Cual otro pastor troyano en los brazos de la robada griega, cual otro monarca en el seno de una beladad fatal, cuyas caricias han de encender la hoguera de la venganza, hay una voz profética que te clama:

¡Ay! esa tu alegría
Que llantos acarrea, y esa hermosa
Que vió el sol en mal día!.....
Llamas, dolores, guerra,
Muertes, asolamiento, fieros males,
Entre tus brazos cierras,
Trabajos inmortales
A tí y á tus vasallos naturales!
.....
¡Ay triste! y aun te tiene
El mal dulce regazo! ni llamado,
Al mal que sobreviene
¿No corres?
.....

El sol teñía ya los espacios con los torrentes de luz que brillan encendidos y cargados con los vapores de la mañana. Los dos culpables atravesaban los campos de Siquem, inclinada la cabeza hácia la tierra, como los dos primeros esposos despues de su destierro. Dina seguía maquinalmente á su raptor, fijando en él sus ojos lánguidos y tristes, sin que sus labios, ántes tan candorosos, se abriesen al sonreír del consuelo ni de la esperanza. En vano el

siquemita le promete su mano y sus riquezas: en vano le brinda el amor de una nueva familia. La hija de Jacob siente revivir á intervalos en su pecho agitado los recuerdos de sus padres y del hermano querido: y estos recuerdos turban su agitado espíritu como imágenes gratas, pero dolorosas, de una felicidad que ya pasó. Momentos aún mas terribles vienen á envenenar los goces presentes: la idea de la venganza de sus hermanos la hace temblar en medio de sus raptos de placer, al modo que bajo de un hermoso cielo se oyen los sordos rúgidos de una tempestad lejana.

En aquel mismo momento y respirando el aire embalsamado por los primeros albos del día, Aser divagaba por los campos de su padre. Bajada la cabeza y sin senda determinada, aguardaba á su hermana querida que saliese de la tienda de su madre, para dar juntos el paseo de la mañana. Las flores doblaban su húmedo capullo bajo la punta de su aljaba. Mas ¡cuál fué la sorpresa de Aser, cuando vió á Lia salir de su tienda desmelenada, florosa, enagenada, buscando con afán de madre quien la diese noticias de la hija que había desaparecido!

Aser devora en secreto aquel pesar terrible: consueta á Lia y le impone silencio, no sea que Jacob perciba aquella funesta desgracia. ¿Dónde estará la hija de Israel? ¿quién la habrá arrebatado del techo paternal? Aser se encarga de saber dónde respira la fugitiva; y Lia, ocultando el pesar que la oprime, se dirige á la tienda de su esposo.

Llega á la tienda de Jacob en el momento mismo en que el religioso patriarca, en medio de su numerosa familia, saludaba al Omnipotente con el himno matutinal. Postrados todos sobre la yerba, que brillaba aún con el rocío del cielo, seguían con profunda y fervorosa emoción las palabras de su padre: «¡Oh Dios de Abraham y de Noé! Tú que formaste el universo con un soplo, y cuya voz hizo salir del abismo los inmensos torrentes de luz que nos alumbran, acuérdate de aquella señal de tu alianza que brilló sobre las nubes, despues que el mundo nació otra vez del seno de las aguas! ¡Concedenos la serenidad en el cielo y en el espí-

ritu, para que podamos en este dia ser justos en tu presencia, y bendecir tu santo nombre!"

¡Oh tiempos dichosos en que sobre la tierra se adoraba al Dios de los mundos y al Dios de los siglos como al Dios de la familia! Parecía que el Señor dejaba la inmensidad de los espacios, que llena con su poder, para morar en aquellas tiendas afortunadas, y recoger por sí mismo la súplica salida de los lábios del hombre!

Lia esperaba quedar sola con Jacob para comunicarle la fatal nueva. El dolor profundo de su alma salía á raudales por sus ojos. Esposo mio, le dijo, ¿has visto huir á nuestra hija? Dina no ha dormido en su lecho, ni sé dónde respira, ni dónde pára. He recorrido los bosques en que te ví la primera vez; ni rastro he hallado de ella. Hija mia, ¿por qué huiste de los brazos de tu madre, y del techo de quien te dió el sér? ¿Quién te protegerá, desventurada, contra los insultos de los hombres?

Jacob levanta los ojos al cielo y calla. Aquel silencio del dolor paternal extremece, pero, fuerte con la confianza en Dios, todavía halla palabras de consuelo para su desolada esposa: «No temas: los espíritus del cielo que se esparcieron á Abraham mi padre, la conducirán sin duda por el desierto. Ella se extravió de su casa. ¡Dios mio! ¿es la hija de vuestro siervo: volvedla á mis brazos, no le negueis la bendicion! ¿sea como los demas hijos la alegría de sus padres! ¡Tened piedad de ella! ¡Dina os conoce, ella os adora sobre la tierra!

Los hermanos de Dina habian salido al campo á sus faenas ordinarias. Jacob guardaba en su pecho el peso de este secreto; infeliz en tener que devorarlo solo con Lia, pero mas infeliz aún si lo revelaba, pues conocia la índole y el carácter de algunos de sus hijos. Los dos esposos salen de la tienda preguntando por su hija á los pastores y cazadores de Salem.

Reúnense con sus hijos, los cuales no se atreven á preguntar por la causa del profundo dolor del padre. Pero Aser se descubre á lo léjos. Viene precipitado y pálido: á pocos pasos se detiene y llora. Lia se arroja á sus brazos. «¿Vive mi hija Dina? ¿ó he de

bajar con ella al sepulcro?"—«Mas feliz hubiera sido en morir, responde Aser, con un plañido estrepitoso. Un incircunciso la ha violado. El cazador de Siquem ha estrechado en sus brazos impuros á la hija de Jacob. ¡Oh Dios de Abraham! lanzad el rayo que abrasó á los sodomitas sobre su frente criminal!"

Simeon y Leví escuchaban á su hermano, murmurando imprecaciones horribles: el fuego del furor chispeaba en sus ojos: no se atrevian á levantar la voz delante de su padre, pero en su seno se fraguaba un proyecto de exterminio. Tal es el ruido subterráneo que se percibe junto á un volvan, cuando en sus hirvientes entrañas fermenta el fuego que va á vomitar, y que devorará pueblos enteros.

El venerable patriarca, al escuchar delante de sus hijos la nueva fatal, rasga su manto de púrpura, y pone ceniza sobre su blanca cabeza. Ahoga dentro de su pecho los suspiros que son la voz del dolor, y vuelve el rostro para ocultar á su esposa las lágrimas que por él corrian. El llanto en los ancianos, tiene un no sé qué de imponente que no es fácil explicar. Cuando la fuerza del sentimiento ha llegado á ablandar un pecho endurecido ya por los años, y sale por el raudal de los ojos, muy terrible ha de haber sido la lucha entre el poder y el dolor y la firme severidad del corazon. Un silencio sombrío reinaba en toda la familia. Los bueyes y camellos que marchaban para el campo, quedaron tambien inmóviles al lado de sus guías detenidos, como si hubiesen todos oido de improviso el trueno de la tempestad.

Entretanto el raptor habia llegado con su víctima al país de los siquemitas, que habitaban en tiendas de madera. La de Hemor, príncipe de aquella tribu, era circular, sobre cuya puerta se veian clavadas pieles de varias fieras que el príncipe habia rendido en sus nocturnas incursiones. Los siquemitas eran idólatras, y adoraban principalmente al sol, cuya imájen se veia pintada sobre el asiento del rey, figurando el astro divino cuando se levanta de su cuna para dar vida al universo. Hemor y su numerosa familia,

postrados ante el astro rey, entonaban el himno de la mañana, que Jacob dirigía á su Autor supremo.

¡Oh padre de la luz! Derrama sobre nosotros tus rayos benéficos, fecunda las entrañas de la tierra que nos sostiene y nutre, esparce la vida y la abundancia sobre nuestros campos, y aleja las sombras de la muerte!

Al momento en que la hija de Jacob, acompañada del joven príncipe, entraba en la tienda de Hemor, la joven israelita invocó al Dios de sus padres; y Hemor, cubierto de toda la magestad de los años y respirando en su noble fisonomía la amabilidad y el sosiego, saludó á la extranjera y le ofreció hospitalidad. El hijo expresó á su padre que la habia encontrado perdida por el desierto y que era hija del príncipe de Salem. Las ardientes miradas de Siquem, la turbacion de Dina, y aquel rubor involuntario que descubre el velo á los arcanos del corazon, hicieron presentir al anciano que los dos jóvenes se amaban. «Vos os pareceis á mi padre Jacob, exclamó Dina. ¡Dichoso de vos si no teneis una hija desgraciada que ande perdida lejos de vuestro hogar! Volvedme á mi padre.—No temais, hija de Jacob, replicó Hemor con dulzura, conozco á vuestro padre, y mas de una vez nos hemos encontrado en el desierto.—Padre mio, dijo entónces el joven príncipe, echándose á los piés de su padre y abrazando sus rodillas, vos conocéis ya quien es la extranjera que os presento. La amo mas que á la luz mis ojos. Dadnos vuestra bendicion, y la tomaré por esposa ante ese Dios radiante, cuyo puro reflejo guió nuestros pasos en la soledad.” A estas palabras la joven de Israel se postró ante el Dios de sus padres. «Vos no adorais al Dios de Abraham, dijo al siquemita, al Dios del mundo, al protector de mi familia. Mi padre me negará la bendicion, si me entrego á un incircunciso. Vuelva yo á mi padre, y me dé el osculo de paz ántes que yo muera en los brazos de mi madre.”

El rayo del dolor penetró súbitamente el corazon del joven príncipe, que no era ya por cierto un seductor. No podia consentir en que Dina fuese su víctima y la amaba con ternura porque

la veía desgraciada. ¡Dina hablaba de morir! ¡Ya no amaba la vida si no podia ser suya! La última mirada de Dina le revelaba este secreto. ¡Cuán irresistible es el encanto de la desgracia para una alma noble y generosa! La sencillez de aquellas costumbres no consentia la perfidia que tan á menudo vemos reproducir en el seno de nuestra civilizacion orgullosa. No se veian en medio de aquellas respetables familias víctimas infelices, abandonadas por el autor mismo de su infortunio. Hemor era ademas un verdadero padre; habia amado en su infancia al Dios de Jacob; pero los magos de Caldea habian cuidado de su educacion y le habian iniciado en el sabeismo, ó sea el culto de los astros. Fatigado de la vana ciencia de los hombres, no le era difícil abrazar un culto que habia amado. Conocia que la naturaleza entera era un símbolo de la Divinidad, pero no la Divinidad misma. Tenia una idea confusa del origen del universo; y su alma recta y elevada, necesitaba de una luz que le descubriese su principio y su destino, y en medio de la soledad se dejaba inspirar por ese sér desconocido cuya voz oia Platon en el silencio de la noche.

Este enlace le ofrecia oportunidad para estrechar sus relaciones con la familia de Jacob, y para adorar al Dios que tan visiblemente le protejia. Resuelve Hemor hablar al hijo de Isacc; y los pechos de los dos jóvenes se abren á la esperanza, como el tallo agostado de una flor se abre y recobra su frescura y vigor con el agua que el cielo le envia. ¡Oh qué placer para el corazon de Dina! ella recibirá la bendicion de su padre, y los dos esposos adorarán al Dios del universo, al Dios de su familia!

Los esclavos de Hemor preparan algunos presentes para el padre de Dina. Blancas ovejas, corderillos tiernos con sus madres, algunas palomas y dos ricas pieles de tigre con manchas negras, son las ofrendas de la íntima alianza que va á trabarse entre las dos familias. Siquem parte con su padre á las tiendas de Jacob; los esclavos les siguen con los regalos, y Dina dando una mirada de esperanza al que ha de ser su esposo, queda con las hermanas de éste, que le prodigan caricias y consuelos.